



## CON MOTIVO DE UN CINCUENTENARIO

POR HERNÁN ROBLETO  
*(escritor y periodista nicaragüense)*

Me preparaba a escribir unas líneas sobre el último libro del licenciado Isidro Fabela, “Las Doctrinas Monroe y Drago”, cuando recibo la amable excitativa del Comité de Amigos que organiza un homenaje al maestro, al estadista, al escritor, al mexicano que junta en sí los atributos que más pueden enaltecer a un ciudadano. Isidro Fabela cumple en este año el medio siglo de ejercer la profesión de abogado, dignificándola con su acción que se sale de los lineamientos profesionales en sí para recorrer una trayectoria continental y humana.

El grupo de intelectuales y discípulos de Isidro Fabela que ha sido forjado por el guía en las disciplinas patrióticas —entendiendo por patria la amplísima geografía de la humanidad justa sobre la Tierra— se honra a sí mismo con el homenaje en perspectiva. Ello significa que la simiente no fue llevada por el viento de la indiferencia, que es más bien actividad retardataria o estorbosa. La palabra de Fabela en la cátedra, la actitud personal e intelectual constante que acredita a esa palabra para alejar lejos la calificación que se da a los diablos predicadores, ha germinado en América. Soy una prueba de ello, porque, alejado en los primeros años del medio mexicano por la fuerza que decide sobre el sitio en que uno ha de surgir a la vida, tuve la suerte de que me alcanzara la calidez de la enseñanza de dignidad que atravesaba las fronteras de México.

Procedo de un país en donde con más crueldad se ha fincado la garra de la injusticia internacional. Y creo que la protesta, el grito de los intelectuales, es lo que más ha influido en el ánimo

de los poderosos para rectificar en buena parte los errores. Pero éstos no han sido eliminados completamente. No se puede asegurar que la legal solicitud de los oprimidos por fuerzas exteriores e internas haya logrado su victoria definitiva. Soy de los que se han apoyado en las campañas de los precursores y sobresalientes que claman por esa justicia de las relaciones más que todo oficiales; de los que en las cálidas exacerbaciones de juventud han recurrido a todos los medios honestos para pedir libertad: desde la tribuna, el libro, el periódico y el fusil.

Pero no debo hablar de mí sino de Isidro Fabela, el maestro. Valga esta inmodestia como argumento demostrativo del poder convincente de los que nos conducen con altivez por entre los vericuetos de la vida moderna, tan plagada de amenazas.

Isidro Fabela ha persistido, indeclinable y entero como una roca. Es de la estirpe intelectual de otro americano admirable y quijotesco en sus andanzas simultáneas: el argentino Manuel Ugarte, quien cuando no estaba hablando en el aula o en los mítines, abrazaba la adarga y se ponía a recorrer caminos ásperos en nuestra América. Pero a Manuel Ugarte lo sorprendió la edad entre los algodones del silencio, arrellanado en puesto diplomático en una de las tibias islas antillanas. Cierta anquilosis ineludible opacó los bríos del abanderado y la muerte lo halló tranquilo, en un buscado aislamiento de curas, amas y sobrinas. No renunció; pero se eclipsó.

Admirable es la tenacidad de Isidro Fabela en estas mismas sendas. El tiempo no corre ni su cuerpo ni su pensamiento y le da, más bien, brillo de experiencia, acumulando con la cabalgata de los hechos históricos más y más temas de que se sirve para su incansable tarea. Su internacionalismo no se estaciona en los tratados de hace siglos. Está al día, con la evolución en los métodos y en las relaciones. Nuevas teorías invaden esos campos del equilibrio entre las naciones; pero, sobre la maquinación, sobre las aceptaciones muchas veces inexorables e inexcusables, el mexicano mantiene su firme basamento de soberanía personal que aplica a la soberanía de los conglomerados, por pequeños que sean. La pasión por el respeto está inscrita en el escudo de Isidro Fabela y, apoyado en su cultura y en su corazón, su figura nos sirve para siquiera levantar la voz en defensa de los derechos humanos y de los Estados. Ese tesoro de independencia del sujeto sólo puede

concebirse en espíritus puros y valientes. Así se justifica nuestra devoción y nuestra admiración por ellos.

Ya no tuve tiempo de exponer en líneas escritas una impresión acerca de la última obra de Isidro Fabela, copiosa de datos y de deducciones. La *Doctrina Monroe* es un monumento de habilidad elástica, que así como nos puede endulzar los labios o el sentimiento con una esperanza de apoyo formidable, hace pender sobre las cabezas de los débiles un poderío que muchas veces ha sido egoísta. Bajo la vigencia de dicha doctrina, México ha sido invadido por fuerzas extranjeras; Venezuela ha sufrido el bloqueo y el despojo por parte de potencias europeas. Y de este doloroso incidente de la reclamación por deudas económicas nace precisamente la *Doctrina Drago*, resplandeciente de justicia, circundada de la admiración de cien pueblos débiles. Lo de México era descarado imperialismo de imperios coronados, aunque hayamos tenido encima imperialismos sin corona y con barniz de democracia.

Estas líneas, apretujadas en una explosiva emoción ante la idea de la merecida reverencia a Isidro Fabela, no pueden ser ni una pálida reseña en su honor. Su fecundidad intelectual, su resistencia múltiple, su palpable obra nos cohiben ante un trabajo de digno reconocimiento. Tal vez haya más tarde tiempo para que hagamos algo que valga la pena y aunque sea en último lugar dentro de la serie que se prepara al escritor, al político, al maestro, al juez, al revolucionario, al hombre.